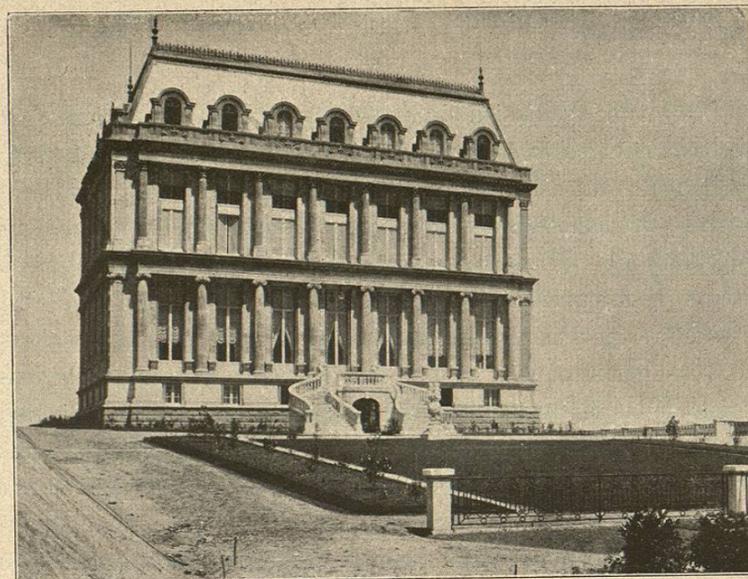


vivaz alentaba en su pecho el amor á Córcega y hasta qué punto le habían emocionado las belicosas contiendas de su país. En las demás cartas refiere Napoleón infinidad de episodios á propósito para enaltecer el prestigio de las revoluciones corsas y el de los partidarios de la independencia de la isla.

Las socarronerías de sus compañeros exacerbaban, como es natural, su patriotismo. Un día en que hablaba de algo ocurrido en Córcega, según carta recibida de su familia, aprovechó la coyuntura para encomiar con tanto entusiasmo el valor guerrero de sus paisanos y su amor á la libertad, que un compañero le preguntó si por cariño al país natal consentiría en crimen tan horrendo como desnudar la espada contra el rey. Napoleón se marchó sin responder. ¡Era demasiado embarazosa la respuesta!

Por el mismo tiempo pensaba escribir una historia de Córcega, alentado en su proyecto por Raynal; pero Paoli, que era la misma prudencia, no quiso proporcionar á Napoleón los importantísimos documentos que conservaba, porque no tenía bastante confianza en los talentos literarios de su ardiente panegirista. Napoleón no publicó la historia de Córcega, sino tan sólo algunas cartas acerca de la isla, cuyos asuntos tomó del antiguo historiador corso Filippini, pero sin dejar de tener mérito la forma literaria, ya que el estilo es vivo, nervioso, arrebatado, con el énfasis propio de la época por único defecto, del que no se libraron los mejores escritores. En esta obra se nota principalmente el anhelo de Napoleón por imitar y aun sobrepujar á Paoli, en cuyo espejo se miraba. Le parecía que, en cuanto á talentos militares y administrativos, el general corso igualaba á los héroes merecedores de su admiración, además del gran mérito de ser su compatriota y, por lo tanto, más digno de seguir su conducta.



Palacio Pozzo di Borgo, en las cercanías de Ajaccio. Fué construído de 1886 á 1894, con piedras de las Tullerías de París, en la cumbre de una montaña desde la cual se divisa un grandioso panorama.

CAPÍTULO VII

LA REVOLUCIÓN EN CÓRCEGA

A fines de Septiembre de 1789 regresó Napoleón á la isla, encontrando á toda su familia reunida en el hogar solariego, excepto Mariana, que continuaba en Saint-Cyr. José, á quien ya vimos volver de Pisa con el título de abogado, había tenido ocasión de defender y ganar un pleito. Luciano estaba en expectativa de porvenir y tenía aficiones militares, pero sin probabilidades de cumplirlas, porque no llegaba la beca solicitada para él. Igual era la situación de Luis, á quien por último se le negó la beca. Sin embargo, poco tiempo tuvo Napoleón para dedicar á los asuntos de su casa, no obstante su propensión á disponer en todo y dar órdenes que la familia acataba. La revolución había estallado, repercutiendo en Córcega. Napoleón reflexionaba sobre las consecuencias locales y celaba los acontecimientos, preguntándose qué influencia ejercerían en su carrera y porvenir.

Dos partidos se habían deslindado á raíz de la revolución. Todos eran hasta entonces *paolistas*, pero las circunstancias les obligaron á prescindir de esta denominación común y llamarse respectivamente realistas y revolucionarios. Los corsos estaban satisfechos de verse equiparados á las demás provincias francesas, pues tenían representantes en la Asamblea nacional, y esto daba mayor pujanza en la isla al partido revolucionario. En todas las poblaciones importantes ocurrían turbulencias, que el general Barrin no se aventuraba á reprimir en vista de las circunstancias. El movimiento revolucionario se propagó con tal rapidez que se hizo peligroso aun para las nuevas ideas, pues los más íntimos partidarios de Paoli se agitaban con el intento de aprovecharse de los acontecimientos, para el logro de la independencia, ó por lo menos para aliarse con Inglaterra. Pero de todos modos, era preciso restablecer el orden público. Saliceti y Cesari, diputados del estado llano, resolvieron constituir un Consejo regional de veintidós miembros, que delegarían un inspector en cada distrito y un comisario en cada municipio, bajo cuyos informes recurriría el Consejo al auxilio de las tropas para el mantenimiento del orden y aplicación de las leyes y decretos de la Asamblea nacional. El Consejo tendría á sus inmediatas órdenes una milicia regional, cuya organización se determinaría oportunamente.

Napoleón estuvo de acuerdo con su hermano José acerca de la conducta que habían de seguir ante los posibles acontecimientos. Ambos opinaban lo mismo sobre la revolución, y como viese Napoleón que bajo modestas apariencias ocultaba José la ambición de ocupar los primeros puestos electivos, le animó á ello, prometiéndole su ayuda para conseguirlo. Napoleón sabía que era preciso trabajar muy de firme en Ajaccio contra la alianza de los Pozzo di Borgo y los Peraldi, las dos familias más influyentes de la isla, pero no por ello dejó de emprender la campaña. En sus conversaciones aprobaba el proyecto de Consejo regional con milicia, presentado por Saliceti y Cesari. Se declaraba, además, ardiente patriota y empezó á reunir en derredor á los antiguos clientes de su padre, á los amigos de su familia y á los deudos más ó menos cercanos. En tal coyuntura llegó á la isla el general Gaffory, á quien se le había confiado el mando de la guarnición, para restablecer el orden. Entró con arrogante apostura y beli-

eosos intentos, lo que disgustó en extremo á Napoleón y despertó la cólera de los patriotas. Los realistas se aprovecharon de la presencia de Gaffory en Ajaccio para demostrar su odio á la revolución, al recibir la noticia de que el Consejo de los doce había publicado un manifiesto contra el proyecto de milicia regional. Pero este manifiesto indignó á todos los patriotas corsos, y los de Ajaccio, que se habían acostumbrado á tener á Napoleón por jefe, le ofrecieron el encargo de replicar al manifiesto. Napoleón los reunió en la iglesia de San Francisco para leerles una proclama que refutaba párrafo por párrafo la del Consejo. La firmaron muchísimos ajaccianos, pero produjo resultados contrarios, pues el general Barrin renunció al sistema de moderación y tolerancia que hasta entonces había seguido. Sin embargo, todo fué en vano, porque los corsos supieron, por carta de Saliceti á su amigo Bautista Galeazzini, de Bastia, que Francia estaba ya bajo el dominio de los municipios y no bajo el poder real. Galeazzini se determinó en el acto, y á pesar de las amenazas de Barrin, procedió á organizar la milicia popular. Napoleón se trasladó apresuradamente á Bastia para presenciar los previstos acontecimientos ó inducir á la resistencia á los amigos de Galeazzini. Los bastianos le pidieron á Barrin armas para la milicia que acababan de organizar, pero el general mandó contra ellos á su segundo Rully, quien, después de los toques de ordenanza, atacó á la multitud, causándole algunos heridos. Se rehizo entonces el pueblo, y atemorizado Barrin por el peligro de una sublevación general, mandó que las tropas se retirasen á sus cuarteles, y Rully tuvo que embarcarse, huyendo de las iras populares. Napoleón se había unido á los sublevados, tomando la parte que le consintió su carácter de forastero en la ciudad. Saliceti se aprovechó de las turbulencias de Bastia para proponer á la Asamblea constituyente que Córcega se considerase como parte integrante de Francia. La propuesta quedó aprobada por aclamación, y algunos oradores, entre ellos Mirabeau, se valieron de la coyuntura para elogiar al pueblo corso por el altísimo aprecio en que tenía la libertad.

La noticia de la anexión á Francia fué recibida con transportes de júbilo en toda la isla. Napoleón organizó en Ajaccio manifestaciones de entusiasmo, en las que se desplegó al viento una bandera con estos tres vivas: ¡Viva la nación!, ¡Viva Paoli!, ¡Viva Mirabeau! Esto

les pareció á todos suma audacia, porque las tropas estaban en la ciudad y la oficialidad era realista. Sin embargo, nadie le buscó querrela, aunque quienes conocían sus antiguas opiniones separatistas se asombraban al oírle vitorear á la nación francesa y á Mirabeau. Era que su espíritu había evolucionado. Conservaba su adhesión á Paoli, á quien llamaba el padre de Córcega, pero asociando á su entusiasmo la nación y Mirabeau. Agradecía á la Constituyente el haber hecho olvidar el pacto entre Francia y Génova, dando así una reparación á lo pasado. Tal vez calculó desde un punto de vista personal las consecuencias de aquel acto, puesto que mucho más fácil le sería desempeñar importante papel estando Córcega unida á Francia que considerada como territorio de ocupación.

Sin embargo, los ánimos no se habían apaciguado en Córcega. Al organizarse la milicia nacional estallaron rivalidades en el nombramiento de jefes y oficiales. Ajaccio tampoco se libró de la agitación, y todos los inspectores y generales que en la ciudad tuvieron mando, señalaron al joven oficial Napoleón Bonaparte como uno de los más activos agitadores. En las elecciones municipales tomó Napoleón parte muy directa, pues aspiraba al cargo de alcalde su pariente Levie y al de concejal su hermano José, resultando elegidos uno y otro, á pesar de que José no tenía la edad. Algún tiempo después se efectuaron las elecciones de comandante de la milicia nacional, obteniendo el triunfo Mario José Peraldi, no muy amigo de los Bonaparte, pero Napoleón no vaciló en hacer guardia en casa del jefe electo, para dar con ello ejemplo á sus amigos, que repugnaban rendir este homenaje á su adversario. Para Napoleón, el sentimiento de la disciplina militar se sobreponía á cualquier otro.

Por entonces se constituyó en Bastia una Junta Central de la isla para ejecutar los decretos de la Asamblea y mantener el orden público; pero los ajaccianos, que no habían tomado á bien la designación de Bastia como residencia de la Junta, se resistieron á enviar delegados. Napoleón llamó entonces á los diputados de la parte de la isla llamada *aquende los montes*, á que pertenecía Ajaccio, diciéndoles que en vista de las circunstancias, y para no satisfacer el gusto de los partidarios del antiguo régimen, que se regocijaban con aquellas rivalidades, se enviaran delegados con el objeto de completar la Junta Superior, re-

sultando elegidos entre ellos José Bonaparte, pues Napoleón no era elegible á causa de estar en servicio activo y además iba á expirar la licencia; pero como los sucesos prometían ser cada vez más graves, no se resignó á partir. En efecto, Paoli había salido de Inglaterra, con rumbo á Francia, para dirigirse á Córcega, cuyos habitantes se disponían á recibirle frenéticamente. Napoleón sentía más que nunca el deseo de permanecer en Ajaccio, y para satisfacerlo envió al coronel de su regimiento un certificado facultativo de enfermedad grave, con cuyo apoyo solicitaba otros cuatro meses de licencia, que se le concedieron sin dificultad. Entretanto, proseguían los preparativos para recibir á Paoli. Opinaba Napoleón que ningún honor sería suficiente para el hombre en quien se encarnaba la más pura gloria de la patria. La comarca de aquende los montes había comisionado á cuatro prohombres para adelantarse á recibir á Paoli. El municipio de Ajaccio nombró con el mismo objeto una delegación en la que figuraban José Bonaparte y su tío Nicolás Paravicini. Las comisiones encontraron á Paoli en Lyon, y con él volvieron á Ajaccio. El insigne patriota fué recibido con delirante entusiasmo por inmensa multitud, llegada del interior de la isla, y el joven Luciano Bonaparte, que era socio del Club Patriótico de Ajaccio, le dirigió un caluroso discurso de bienvenida. Pascual Paoli abrazó cariñosamente al joven orador, hablándole de su difunto padre Carlos Bonaparte, y después de despedirse de los ajaccianos, partió para el interior.

Al llegar Paoli á Córcega dominaba la anarquía en toda la isla. Empeñados los municipios en administrarse sin intervención de la autoridad militar, promovieron conflictos tan graves como el de Bastia, en cuyas calles murió el coronel Rully, que había vuelto á la isla luego de apaciguados los primeros disturbios. En Ajaccio, el gobernador militar La Ferrandiere trataba de calmar la efervescencia, suscitada principalmente por Napoleón y José. Napoleón quería que las tropas se pusieran á las órdenes del Ayuntamiento, mientras que el gobernador apuntaba contra las Casas Consistoriales los cañones de la ciudadela. Además, Napoleón, de acuerdo con su pariente Levie, alcalde de Ajaccio, quería que la milicia nacional pudiera guarnecer también la ciudadela, alternando con las tropas reales. Sin embargo, estos conflictos no eran privativos de Córcega, pues menudeaban asimismo en